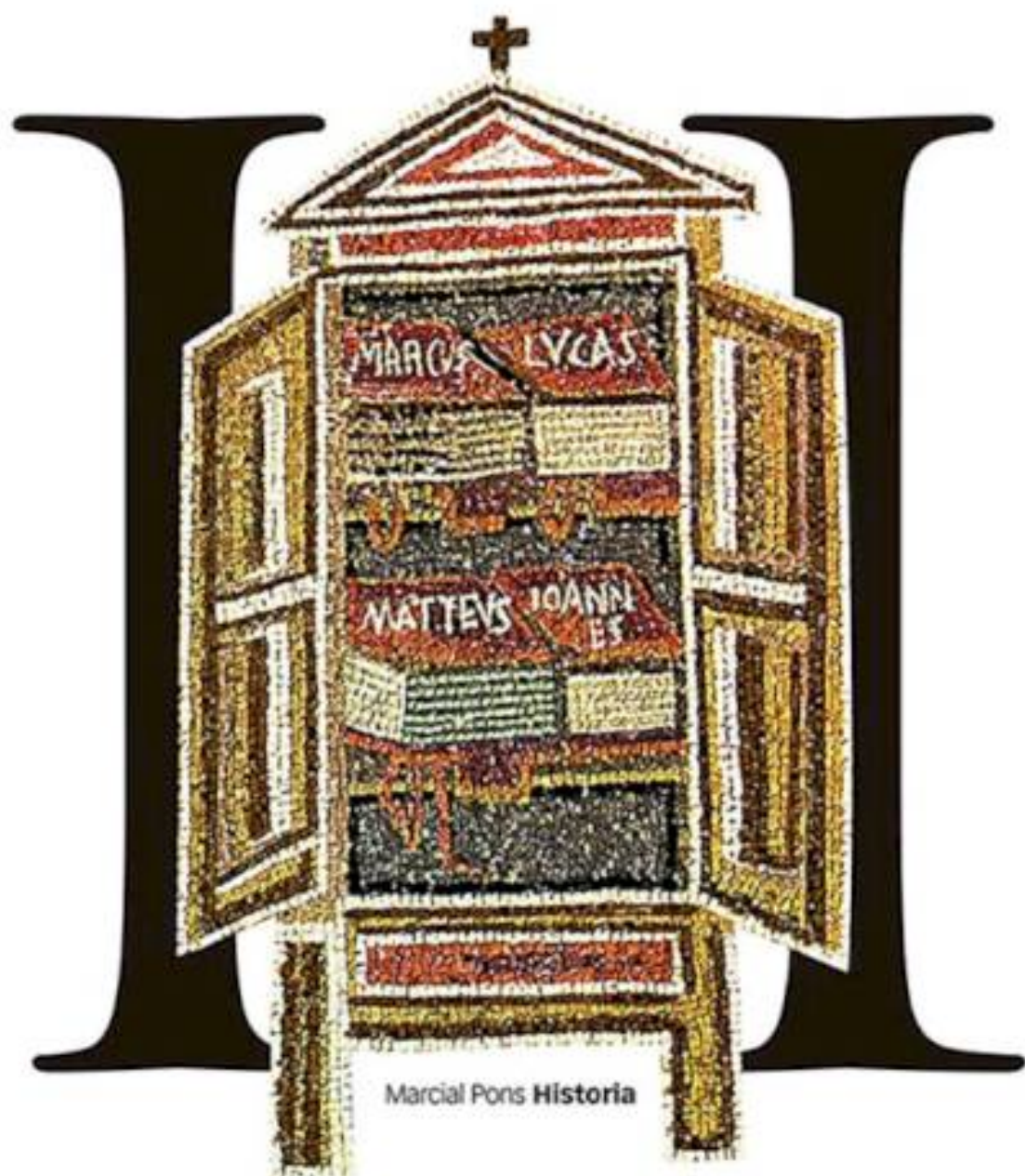


Santiago Castellanos

En el final de Roma

(ca. 455 - 480)

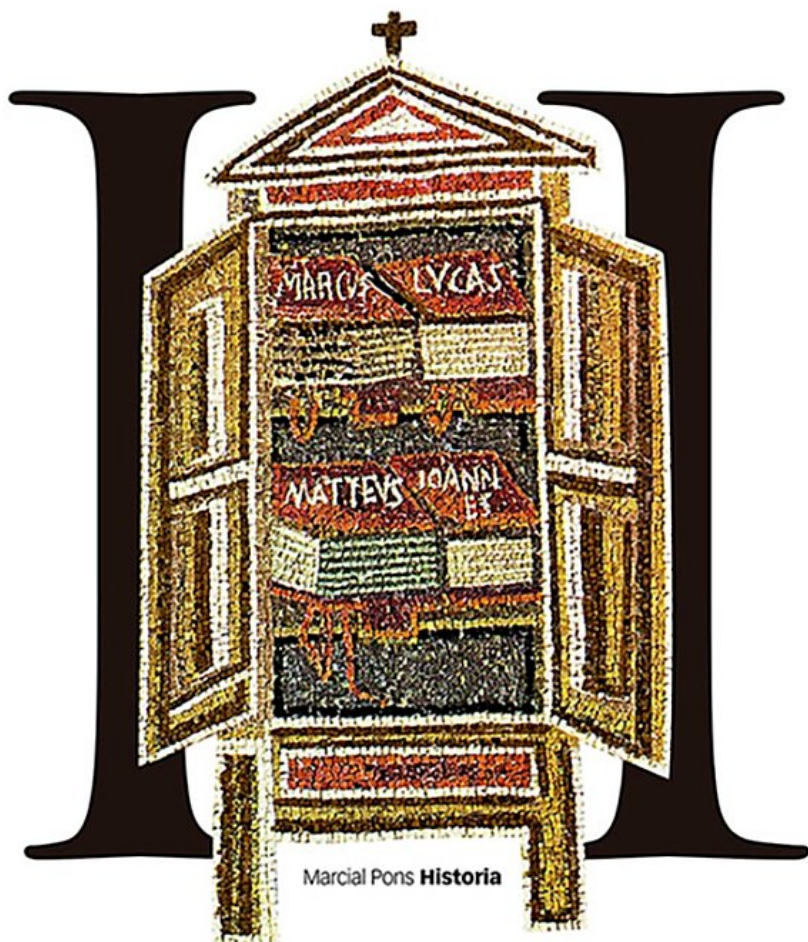


Marcial Pons Historia

Santiago Castellanos

En el final de Roma

(ca. 455 - 480)



Marcial Pons **Historia**

SANTIAGO CASTELLANOS

EN EL FINAL DE ROMA

(ca. 455-480)

La solución intelectual

Marcial Pons Historia

2015

Para Delfina, Vega y Enrique

«... y que el miedo del hombre ha inventado todos los cuentos»
(del poema *Sé todos los cuentos*)

León Felipe

INTRODUCCIÓN

LA OBSESIÓN POR LA DECADENCIA

Hace unos años, pocos, me encontraba en mi despacho tratando de corregir unos trabajos elaborados por alumnos de quinto curso de la licenciatura en Historia, entregados de manera previa a la convocatoria oficial de los exámenes. Enfrascado en la lectura de los textos de los alumnos, escuché que alguien golpeaba la puerta, con una cierta desmesura, creo recordar. Tras mi contestación —«adelante»— entró en el despacho un alumno de ese mismo curso de Historia. El chico estaba preocupado por la cercanía del examen final. A pesar de que con el paso de los años uno va perdiendo la capacidad de sorpresa, y más en este oficio, escuché con interés sus dudas. Una de ellas fue formulada de esta guisa, que cito textualmente puesto que recuerdo bien la frase:

«Entonces, ¿fue Atila el que acabó con el imperio romano?».

¡Qué coincidencia! Hacía sólo unos días que un periodista me había llamado por teléfono y me había hecho unas preguntas, una de las cuales venía a coincidir exactamente con la que me planteaba el estudiante.

He elegido estas dos anécdotas personales para ilustrar hasta qué punto en la mentalidad colectiva de nuestra sociedad está presente tal idea, que en este caso sería algo así como que Atila liquidó el imperio romano. La mera posibilidad de que unos cuantos tipos, a poder ser muy salvajes, hubieran terminado con la Roma de los césares ha machacado eso que se suele conocer como la mentalidad colectiva, en este caso de los occidentales. Y lo ha hecho durante siglos. Se ha dicho y con razón que el final del im-

perio romano es una obsesión para la intelectualidad europea. Es algo así como la madre de todos los miedos sobre un posible final de nuestro mundo, de las coordenadas culturales que hemos conocido. De ahí la cantidad de libros académicos al respecto, pero también su aparición en el cine o en los medios de comunicación.¹

El verso de León Felipe que se menciona a la entrada de este libro evoca precisamente el miedo como catalizador de la imaginación. Cuando se teme algo se suelen contar historias que bien magnifican ese temor o bien tratan de edulcorarlo. Pero los miedos, a veces, son reinterpretados como argumentos de legitimidad para el poder que se presenta como vencedor de los mismos. Leer las crónicas de mediados del siglo v, o algunas de las cartas que se escribieron en la segunda mitad, puede dar idea de que, en cada esfera, hubo clérigos y aristócratas —a la sazón, nuestras fuentes— que sintieron que algo se estaba moviendo bajo sus pies. Y, unas cuantas décadas después de que el último emperador occidental hubiera sido depuesto, desde Constantinopla, capital de la parte del imperio romano que sobrevivió durante un milenio, se fomentó ese miedo, se recordó a través de textos... para insuflar esperanzas en quienes venían a conquistar «lo perdido». Fue entonces, y sólo entonces, en el siglo vi, cuando se miraría hacia atrás por primera vez y se proclamaría que aquel imperio de los occidentales estaba perdido, precisamente, desde que Rómulo Augústulo había sido depuesto en el verano del año 476. Así que existe una suerte de disyuntiva entre los contemporáneos a los hechos y nosotros, los profesionales que estudiamos estas cosas². La idea del final del imperio está muy presente en lo académico. Y, sin embargo, como tal formulación, no existe en las fuentes de la segunda mitad del siglo v, es decir, en los contemporáneos. La elaboración del tema así formulado es, insisto, algo detectable en el siglo siguiente, el vi.

Un milenio después, a comienzos del siglo xvi, Rafael y su equipo de colaboradores pintaban en las estancias vaticanas la entre-

vista entre Atila y el papa León Magno que, según Próspero de Aquitania, contemporáneo a ambos personajes, había tenido lugar en 452. Próspero editó la última versión de su crónica en el año 455, y para entonces Atila ya había muerto, pero no su protector, el propio papa. La idea según la cual había sido el obispo de Roma, con la divinidad que lo protegía, el verdadero agente histórico que impidió la entrada de Atila de la ciudad del Tíber se convertiría en toda una tradición. Claro que Próspero no podía siquiera imaginar que el episodio iba a ser llevado al cine y que lo iban a ver miles y miles de personas en las salas de proyección primero y en las emisiones de televisión después. Pero no. Para decepción de muchos espectadores, de mi alumno y de aquel periodista, Atila no liquidó el imperio romano. Ni siquiera sabemos el alcance de aquella entrevista, en cualquier caso mantenida con más personajes ilustres de la política romana del momento. Desde entonces, 452, habría emperadores en Occidente durante casi un cuarto de siglo después. Eso sí, la idea de una amenaza externa, de un enorme peligro conjurado por la intervención de un líder religioso causó furor y fue muy pronto asumida por quienes deseaban labrar ese campo.

Igualmente flota en el ambiente otra idea que se ha argumentado como base del final de Roma, y que no es otra que la que pone el acento en la corrupción de los emperadores. También aquí contamos con una gran aceptación popular, sin duda sobre la base del «encanto» de películas que han retratado reuniones romanas no precisamente para discutir sobre el itinerario de una calzada. En cualquier caso, la idea tiene una densa trayectoria en el terreno académico. Cuando Gibbon, en el siglo XVIII, visitaba las ruinas del foro de Roma, según su propio testimonio, tuvo claro que había que contar cómo había podido suceder algo así, cómo Roma había terminado difuminándose como imperio, del que entonces él sólo contemplaba unas cuantas piedras. De aquellas reflexiones surgiría la más influyente obra que nunca se ha escrito sobre el final de Roma, que lo elevó como tema histórico de pri-

mer orden hasta nuestros días. Gibbon, que escribía en el contexto intelectual de la Ilustración británica del siglo XVIII, pensaba que, además de otros aspectos, la explicación principal para lo que él llamaba la decadencia y caída (*decline y fall*) de Roma había sido el cristianismo, que había socavado las estructuras de la tradición romana. Claro que en el terreno académico, desde Gibbon hasta hoy, ha habido bastantes cambios de rumbo³. Otros, siguiendo la senda de los cambios internos, apostaron por la idea de la decadencia de costumbres y de la corrupción de la administración, corriente de la que en nuestros días ha sido exponente Ramsay MacMullen⁴.

Así que la amenaza externa (bárbaros, invasiones) y la degradación interna (corrupción, avance del cristianismo) han sido los dos ejes básicos sobre los que se han elaborado las explicaciones sobre el fin de Roma⁵. Y en cierto modo todo esto ha llegado al gran público, y lo ha hecho más que otros temas históricos propios de la Antigüedad y de la Edad Media. Insisto en que las películas sobre las fiestas de los emperadores, o sobre el jefe huno, o sobre los bárbaros, o sobre «la caída del imperio romano», han calado hondo en una sociedad ávida de explicaciones personalistas, morales e incluso morbosas para fenómenos que, habitualmente, encajan en procesos muy complejos. Tampoco esto debe sorprendernos. Es habitual que circulen ese tipo de explicaciones para grandes (por sus consecuencias) procesos del pasado, más antiguo o más reciente. Es lógico, por tanto, que el alumno y el periodista a los que me he referido plantearan tales preguntas.

Este libro no trata sobre las posibles causas de la caída de Roma. Alexander Demandt ha contado las que la ciencia histórica ha planteado. Y no son pocas, pasan de los dos centenares. Más bien, lo que planteo en este libro es el tema de la reacción intelectual. ¿Cómo vieron los contemporáneos el final del imperio?, ¿fueron conscientes de que algo se estaba «acabando»? Por otro lado, comprobaremos cómo se construyó la idea según la cual la deposición del último emperador, Rómulo Augústulo, había su-

puesto el final del imperio en Occidente. Veremos que ningún contemporáneo lo expresó así, y que fue la corte imperial romana de Oriente, con sede en Constantinopla, la que difundió aquella ecuación de primer grado... ya entrado el siglo vi. Hay que adelantar que el emperador Justiniano estaba entonces empeñado en conquistar Occidente, y que la idea de la «pérdida del imperio» le resultaba sumamente útil para justificar la intervención: dado que se había perdido, era justo tratar de recuperarlo.

Dependemos de unas pocas fuentes. Por lo general vamos a encontrar visiones muy parciales, muy centradas en el microcosmos de cada autor, pese a los esfuerzos por incluir informaciones a escala imperial. Y, naturalmente, cada uno de aquellos contemporáneos tenía sus propios intereses a la hora de componer sus textos. Hay ocasiones en las que dependemos de autores cuyas informaciones no alcanzan el punto final del imperio, el famoso año 476, pero que son muy relevantes para nosotros. Próspero dio importancia a la entrevista entre Atila y León Magno, pero estaba deseando proyectar la imagen del obispado de Roma en el contexto de las rivalidades religiosas de la época. Hidacio, que escribe desde un rincón del noroeste de la Península Ibérica, apenas dedica atención alguna a Atila y, sin embargo, estaba convencido de que el mundo se estaba acabando, puesto que creía en ciertas tradiciones apócrifas al respecto. Otras veces nos topamos con personajes que, además de escribir bastante, sí vivieron toda la fase que este libro ocupa, más o menos entre 455 y 480. Sidonio Apolinar, que escribió antes y —a diferencia de los dos anteriores— también después del final del imperio occidental, se fue adecuando a las necesidades de cada momento. Algunos, como Ruricio de Limoges, que perteneció más bien al «justo después» del final de Roma como imperio occidental, pero cuya formación y familia estaba anclada en la tradición, tratará de eludir cualquier mención política en sus numerosas cartas. Precisamente en atención a la escasez de fuentes, en una revisión muy reciente sobre la Europa del 200 al 600, Edward James reflexionaba sobre la enor-

me dependencia que tenemos de autores como Sidonio Apolinar⁶. Comparto su queja. Además, sus textos están repletos de hipóboles y de tópicos y, sin embargo, su figura ha dominado en buena medida cualquier libro sobre la segunda mitad del siglo v, y el lector lo va a notar también en éste.

Sobre este tema de las fuentes quiero expresar una reflexión. Los textos suelen darnos fotografías fijas, en no pocos casos presentan referentes áulicos, o de niveles poderosos, rara vez aparecen las pequeñas comunidades locales con un papel activo. Pero no podemos perderlas totalmente de vista, pese a lo escondidas que están en nuestras fuentes literarias. De hecho, la arqueología proporciona cada vez más datos al respecto. Aunque este libro trata fundamentalmente sobre emperadores, obispos y aristócratas, he intentado subrayar el mundo de las comunidades de campesinos en el primer capítulo. Del papel que pudieron tener, con niveles intermedios que les pusieran en relación con el poder central, da buena prueba un texto que deseo comentar ahora, justamente para expresar al lector cuán necesitados estamos de este tipo de informaciones. Se trata de un documento procedente de la *pars Orientis* del imperio romano. Recientemente se ha publicado un estudio sobre un papiro procedente de Oxirrincó (Egipto), que suma un total de seis fragmentos. En 1931 fue adquirido en El Cairo por M. Rostovtzeff y C. B. Welles para la Universidad de Yale, y allí se conserva hoy, en la Beinecke Rare Book and Manuscript Library. El texto lleva una datación sobre la base del postconsulado de Flavio Antemio Isidoro y Flavio Senator, que fueron cónsules en 436, de manera que el papiro se escribió con posterioridad al año de su consulado. No era infrecuente que los nombres de los cónsules se conocieran a veces con bastantes meses de retraso a la fecha de su nombramiento.

El documento, que es un papiro redactado en griego, está dirigido a Martirio, obispo de Oxirrincó, por parte de la colectividad, **κοινων**, de los habitantes de una comunidad cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, pero que pertenecía a Oxirrincó⁷. Aunque

el papiro se conserva muy fragmentariamente, es posible observar cómo los de la comunidad han designado a un tal Epímaco como administrador de su iglesia. El texto lleva además una alusión al juramento imperial que hacían los gerifaltes de la aldea que compondrían su *koinón*, sobre la base de los nombres de los emperadores del momento, de los dos, tanto de Teodosio (II) como de Valentiniano (III). Es decir que quienes componían el grupo reconocido a efectos de toma de decisiones, *koinón*, de la aldea que ha elegido a este administrador para su iglesia, aparecen en el documento con una cierta capacidad de maniobra, más allá de su mero reconocimiento fiscal y administrativo por el imperio oriental, que es uno de los temas debatidos por la historiografía. Quiero decir con todo esto que una pequeña aldea, que funcionaba en la órbita de un enclave episcopal y administrativo como Oxirrinco, hace constar por escrito en los años 430 y siguientes que han sido ellos (sus líderes locales, procedentes de la propia aldea) quienes han designado al administrador de su iglesia. Naturalmente, elevaban la propuesta al propio obispo, Martirio. Este cauce de toma de decisiones entre obispado y comunidades locales es perceptible en este pequeño pero interesante ejemplo que acabo de anotar. Pero procede del imperio oriental, y de un conjunto documental muy singular, cual es el papirológico del Egipto tardorromano. Por eso mismo he seleccionado este ejemplo... como un punto de contraste.

Sin embargo, ese diálogo en un sentido histórico, ese canal de relación entre centro y periferia, entre —y utilizo ahora términos occidentales, no orientales— *ciuitas* y *uici*, es más difícil de percibir en la cronología que este libro maneja para Occidente. Las fuentes para el estudio de la horquilla que he propuesto, más o menos entre 455 y 480, apenas permiten entrar en detalles semejantes, salvo algunas excepciones. No hay una secuencia amplia de evidencia empírica y, además, hay lagunas muy importantes. No se trata sólo de la que existe para Britania; incluso en Italia, nuestros textos —si exceptuamos las cartas papales— son escasi-

simos allí, y repuntan ya en el contexto ostrogodo, desde muy finales de siglo y sobre todo desde inicios del VI. En Hispania, después de Hidacio, que acabó de escribir (y me temo que de vivir) hacia 469, el panorama es muy similar.

* * *

Marco Tulio Cicerón es (o era, barrunto) uno de los antiguos romanos más conocidos en nuestro tiempo. Cuando el latín era estudiado en la educación de manera casi masiva, generaciones y generaciones de occidentales nos hemos formado traduciendo sus textos, o intentándolo al menos. Por ese motivo he elegido una de sus frases para esta introducción. A más de un lector la mención de su nombre le recordará aquellos tiempos de la escuela, del colegio o del instituto. Y, además, a mí me va a permitir introducir una idea en estas páginas iniciales. La frase que he elegido es ésta:

«Tan grande es la cantidad de asuntos gestionados en Roma que es casi imposible prestar atención a lo que ocurre en las provincias»⁸.

Las palabras de Cicerón nos evocan otra frase, en este caso atribuida a Charles de Gaulle. El general decía que Francia era un país sumamente difícil de gobernar, puesto que, después de todo... tenían cientos de variedades de quesos. La idea es la misma: la complejidad de gobernar un sistema político que tiene que lidiar con las escalas regionales y locales de poder. En realidad, Cicerón estaba apuntando a una de las contradicciones de Roma. La distancia, la dificultad de articular el gobierno del aparato central con las sociedades variopintas, las provincias, muchas de ellas distantes en miles de kilómetros de la ciudad del Tíber. Y, más aún, lo complicado que podía resultar vertebrar el dominio, basado sobre la captación de tributos, el control militar y el ejercicio administrativo. Sin embargo, a pesar de tan gran contradicción, el sistema romano perduró en el tiempo mucho más allá de la vida de Cice-

rón. Más de medio milenio en Occidente después de su asesinato (43 a.C.) y milenio y medio en Oriente.

Quizás por este motivo, por la duración en el tiempo de un sistema político, llama más la atención su desaparición en Occidente. Muchos de quienes nos dedicamos a estas cosas de manera profesional tratamos de enseñar a nuestros alumnos de facultad que algunas de las estructuras sociales, económicas, jurídicas, ideológicas, religiosas, propias del mundo romano, perduraron más allá del «final del imperio». Hubo cambios, transformaciones posteriores, qué duda cabe. Es probable que sea precisamente la influencia de lo romano en las sociedades contemporáneas la que haya provocado que nos llame mucho más la atención su final como imperio, al menos su final occidental. Quizás por esa magnitud del tema y por la obsesión a la que me refería al principio de esta introducción, son numerosos los ensayos sobre el final de Roma, y el enfoque que se ha dado al problema⁹. No voy a dar muchos detalles ni nombres, pero a modo de muestra cabe enunciar sólo algunos de esos enfoques.

En la Ilustración se abrió camino la idea de decadencia imperial sobre la base bien de la quiebra de los ideales republicanos bien del avance del cristianismo¹⁰. Otro de los argumentos ha sido el de la crisis de las clases medias, o incluso de las elites ilustradas¹¹. Al mismo tiempo, se ha manejado la idea de que en 476 no cayó ningún imperio, puesto que no había ya imperio propiamente dicho¹². Claro que esto conducía a la valoración del papel de los bárbaros, agentes principales del «asesinato» del imperio, en expresión de Piganiol. También los bárbaros estaban en la base del índice de la historia político-cultural de Courcelle, que articuló su libro, sin duda bajo la influencia de la Segunda Guerra Mundial, con bloques tales como «L'invasion», «L'occupation», y «La libération»¹³. Es el de los bárbaros, precisamente, uno de los temas sobre los que más discusión hay en este momento en la comunidad científica, y que trataré de resumir muy brevemente en algunas partes de este libro.

La exposición sistemática de los eventos políticos y militares ha sido otro de los vectores que han triunfado en los medios académicos, sobre todo a partir de los hitos que supusieron las obras de E. Stein, primero, y de A. H. M. Jones después. La obra de Stein es algo así como la magna codificación evenemencial del imperio romano tardío¹⁴. La primera edición de su obra sobre el «bajo imperio» apareció en Viena en 1928 en alemán. Mientras Stein se encontraba en Bruselas en 1933, tuvo lugar el triunfo de Hitler en Alemania. A partir de entonces se negó a volver a escribir en alemán, siendo acogido por la Universidad de Bruselas, luego por la Universidad Católica de América en Washington y finalmente por la Universidad de Lovaina hasta su muerte. El autor fue preparando un segundo volumen, que se publicó en francés en 1949, póstumamente, puesto que había fallecido en 1945. Tenía decidido que el primer volumen se editara también en francés, cosa que acontecería ya en 1959. La obra de Stein es una sistematización de la evolución política del imperio romano tardío en sus dos partes. En el caso occidental, Stein marca muy claramente una cesura provocada por el final de la dinastía teodosiana en 455, haciéndose así cierto eco de la relevancia que Hidacio, contemporáneo de los hechos, dio a dicha ruptura, y que en cierto modo he seguido como punto de arranque cronológico en este libro.

Otros enfoques han atendido a los cambios culturales, dentro del concepto de civilización como categoría histórica¹⁵. La relativización de la idea de caída y la propuesta de una cierta continuidad fue esgrimida por Pirenne. Más tarde se ha abogado por la continuidad pero en claves fiscales e institucionales¹⁶. En cualquier caso, la puesta en valor de cuestiones estructurales y económicas no tiene por qué conducir a la negativa al colapso, como ha mostrado detalladamente Chris Wickham¹⁷. La dimensión cultural, la religiosa, y su conexión con el poder, y con el funcionamiento de las sociedades tardorromanas ha sido la base de la influyente obra de Peter Brown, que en cierto modo ha relativizado igualmente la cuestión del fin de Roma como asunto histórico, que por otra par-